

Novela ganadora del premio Ditmar

PROTECTOR

LARRY NIVEN



La pieza clave para acceder al increíble
'Mundo Anillo' de Niven

¿Aceptarías perder parte de tu humanidad a cambio de ser más rápido, más fuerte, más listo y prácticamente inmortal?

Phssthpok el Pak se había pasado viajando la mayor parte de sus 32.000 años de vida; su misión era salvar, desarrollar y proteger a un grupo de criadores enviados al espacio dos millones y medio de años atrás...

Brennan es un cinturonio, el producto de una sociedad ferrozmente independiente y algo anárquica que vivía en, sobre y alrededor de un cinturón exterior de asteroides. Los cinturonios son rebeldes, y Brennan es además contrabandista. Los mundos del Cinturón habían estado rastreando la nave Pak durante días. Brennan se las arregló para ser el primero en encontrarse con ella...

Nunca volvieron a verlo... al menos no aquellos que vivían en su tiempo.

Larry Niven es el autor de la serie *Mundo Anillo*, que supuso un hito en la historia de la ciencia ficción, y de otras muchas otras obras maestras del género, por las que ha sido galardonado con múltiples premios Hugo y Nébula. En *Protector* nos ofrece una visión del *Espacio Conocido* anterior a la de su obra más legendaria.

Phssthpok

Génesis, capítulo 3, versión del rey James:

- I. Y dijo Dios Nuestro Señor: «¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre.»
- II. Y le echó Dios Nuestro Señor del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado.
- III. Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida.

1

Se sentó en medio del círculo de claro twing, observando el infinito pero nada excitante paisaje del exterior.

Apenas una década atrás, estas estrellas no eran más que un cúmulo de puntitos rojos desparramados por el espacio, siempre alerta.

Cuando se reveló la visión frontal, las estrellas tenían un aspecto azul y amenazador, y su reflejo era brillante sobre

los controles. A un lado, las más grandes se habían aplanado visiblemente. Eran lo único al alcance de la vista, unos pocos lunares blancos esparcidos sobre un fondo predominantemente negro. Un cielo solitario. Las nubes de polvo escondían tras su velo la radiante gloria de su hogar.

Sin embargo, la luz que se veía justo en el centro no era una estrella. Era tan grande como un sol, oscura en el centro y lo bastante brillante para quemar las retinas de un hombre. Era la luz de un hiperreactor Bussard, a apenas doce kilómetros de distancia. Una vez cada varios años, Phssthpok pasaba algún tiempo observando el impulsor, con el fin de asegurarse de que funcionaba correctamente. Mucho tiempo atrás percibió un lento y periódico titubeo, justo a tiempo para prevenir que la nave se convirtiera en una nova diminuta. En cambio, en esta ocasión, la luz blanquiazul no había cambiado en absoluto durante las varias semanas que había estado contemplándola.

La mayor parte de su larga y lenta vida, el espacio había discurrido junto a la escotilla de la nave de Phssthpok. A pesar de ello, no recordaba mucho de su viaje. El interés de todo ese tiempo de espera había sido demasiado escaso para merecer ser salvaguardado en su memoria. Así es la fase de protector de la especie de los pak; los recuerdos agradables pertenecen al pasado, cuando eran niños y después criadores, cuando el mundo era nuevo y brillante y libre de responsabilidades. Únicamente una situación peligrosa, bien para él mismo o para sus retoños, puede despertar a un protector de su relajado estado de somnolienta laxitud, transformándolo en una bestia luchadora imposible de comparar con cualquier otro ser consciente.

Phssthpok soñaba, sentado en su asiento de protección.

Los controles de actitud de la cabina estaban al alcance de su mano izquierda. Cuando tenía hambre, algo que sucedía cada diez horas, su mano nudosa, de una textura semejante a dos puñados de nueces negras, buscaba en una ranura a su derecha y emergía con una raíz amarilla retorci-

da y carnosa del tamaño de una batata. Habían pasado semanas terrestres desde la última vez que Phssthpok dejara su asiento de protección. En todo ese periodo de tiempo no había movido nada excepto las manos y la mandíbula. Sus ojos no habían cambiado de posición.

Antes de eso hubo una fase de pertinaz ejercicio físico. Es el deber de un protector mantenerse en forma.

Incluso el de un protector sin nadie a quien proteger.

El impulso del reactor era estable, o al menos lo suficiente para satisfacer a Phssthpok. Los nudosos dedos del protector se movieron, y el cielo giró a su alrededor. Observó la otra luz brillante, flotando camino de la escotilla. Una vez estuvo centrada, detuvo el movimiento rotatorio.

A pesar de que ya era más brillante que cualquier estrella a su alrededor, su destino aún brillaba de manera demasiado tenue para ser considerado algo más que una simple estrella. Pero su brillo era mayor de lo que Phssthpok esperaba, y supo entonces que había pasado mucho tiempo. ¡Demasiados sueños! No era de extrañar. Se había pasado la mayor parte de los últimos mil doscientos años en ese asiento, permaneciendo inmóvil para ahorrar sus suministros alimenticios. Si no fuera por los efectos de la relatividad, hubiera tenido que multiplicar ese número de años por treinta.

Aunque parecía ser el protagonista del caso más abrumador de artritis de la historia de la medicina, aunque llevaba semanas como un parálítico, el nudoso protector se puso en marcha de inmediato. La llama del reactor perdió consistencia, se expandió y comenzó a enfriarse. Apagar un hiperreactor Bussard es casi tan complicado como encenderlo. A las velocidades de este hiperreactor, el hidrógeno interestelar entra en forma de rayos gamma. Este ha de ser expulsado con la ayuda de campos magnéticos, incluso si no es quemado como combustible.

Había llegado a la zona del espacio más probable. Delante de él se encontraba la estrella más probable. Phssth-

pok tenía el éxito al alcance de su mano. Le esperaban aquellos a los que había venido a ayudar. Si es que todavía existían; si no habían muerto en todo este tiempo; si orbitaban esta estrella y no otra menos probable. Sus mentes eran casi animales. Puede que conocieran el fuego, pero estaba claro que no disponían de telescopios. Sin embargo le esperaban... en cierto modo. Si continuaban aquí, llevaban esperándole dos millones y medio de años.

No iba a decepcionarlos.

No debía hacerlo. Un protector sin descendencia es un ser sin un propósito. Tal anomalía debe encontrar uno, y rápido, o morir. Casi todos mueren. Un reflejo se activa en sus mentes o en sus glándulas, y entonces dejan de sentir hambre. A veces, uno concreto aprende que puede adoptar a toda la especie de los pak como su progenie, pero entonces debe buscar una manera de servir a esa especie. Phssthpok era uno de esos afortunados.

Si fracasara sería terrible.

Nick Sohl estaba regresando a casa.

Ahora que sus oídos habían aprendido a ignorar el murmullo del movimiento de la nave, la quietud del espacio era lo único que le rodeaba. El equivalente a dos semanas de pelusilla cerrada cubría su mandíbula y la zona rapada a ambos lados de su cresta cinturonia. Si se concentraba podía percibir su propio olor. Había estado extrayendo minerales en los anillos de Saturno, con una nave monoplaza orbitando a su alrededor y una pala en la mano; los imanes usados para extraer monopolos de hierro asteroideo guardaban un gran parecido con palas corrientes. Le hubiera gustado permanecer allí más tiempo, pero le gustaba pensar que la civilización cinturonia no podría sobrevivir sin su presencia mucho más de tres semanas.

Un siglo atrás, los monopolos eran una mera teoría y, además, una conflictiva. La teoría magnética decía que un

polo magnético norte no podía existir sin un polo magnético sur, y viceversa. La teoría cuántica implicaba que sí que podían existir de forma independiente.

Los primeros asentamientos permanentes habían surgido en los asteroides de mayor tamaño del Cinturón. Todo empezó cuando un equipo de exploración encontró monopolos que se habían colado en el núcleo de ferroníquel de un asteroide. Hoy ya no había teorías, pero sí una boyante industria de monopolos en el Cinturón. Un campo magnético generado por monopolos actúa con una relación inversa lineal en lugar de con una cuadrada. En términos prácticos, un motor o instrumento basado en monopolos daría mucho más de sí. Los monopolos eran de gran valor cuando el peso era un factor, y en el Cinturón, el peso siempre lo era. Pero la extracción de monopolos seguía siendo una labor de un solo hombre.

Nick no había tenido mucha suerte. De todas maneras, los anillos de Saturno no eran una buena zona de monopolos; demasiado hielo, poco metal. El campo electromagnético que rodeaba su cubo de carga probablemente no contenía más de dos puñados de polos magnéticos norte. Muy poco botín para dos semanas de esforzada labor... pero le darían bastante por ellos en Ceres.

Le hubiera dado igual no encontrar nada. La extracción de monopolos era una excusa para que el primer portavoz de la Sección Política del Cinturón escapara de su minúscula oficina enterrada en lo más profundo de Ceres, de las constantes disputas entre las Naciones Unidas y el Cinturón, de su mujer e hijos, de amigos y conocidos, de enemigos y extraños. Y el próximo año volvería, tras varias semanas maratonianas poniéndose al día de los eventos recientes, y diez meses manipulando la política del sistema solar.

Cuando Nick estaba ganando velocidad para el viaje hacia Ceres, Saturno ya un mero adorno a su espalda, vio que su imán de extracción se alejaba lentamente del tanque de

carga. A su izquierda, en alguna parte, había una nueva y potente fuente de monopolos.

Una sonrisa cruzó su rostro, como un rayo en un cielo oscuro. ¡Más vale tarde que nunca! Una lástima que no lo hubiera encontrado en el camino de ida, pero podría venderlo en cuanto lo localizara... lo que requeriría esfuerzo. La aguja se agitaba ante las dos atracciones, una de las cuales provenía del propio tanque de carga.

Empleó unos veinte minutos en direccionar un láser de comunicaciones hacia Ceres.

—Al habla Nick Sohl, repito, Nicholas Brewster Sohl. Deseo que conste registro de mi reclamación de una fuente de monopolos en la dirección general de... —intentó suponer en qué medida su carga afectaba a la aguja— de Sagitario. Quiero ofrecer la venta de esta fuente al gobierno del Cinturón. Pronto los detalles, en media hora.

Entonces apagó el motor de fusión, se enfundó laboriosamente el traje y la mochila y abandonó la nave llevando solo un telescopio y un imán de extracción.

Las estrellas no son eternas, pero para el hombre no distan mucho de serlo. Nick gravitó entre las eternas estrellas, inmóviles en apariencia pero sin embargo cayendo en dirección al diminuto sol a decenas de miles de kilómetros por hora. Esa era la razón por la que extraía monopolos. El universo resplandecía como un puñado de diamantes sobre una tela de terciopelo negro, un inolvidable telón de fondo para el dorado Saturno. La vía láctea era el brazalete enjorado del universo. A Nick le encantaba el Cinturón, con sus rocas extraídas y sus burbujeantes espirales. Pero por encima de todo amaba el espacio en sí mismo.

A kilómetro y medio de la nave usó el telescopio y el imán minero para fijar la posición de la nueva fuente. Entonces regresó a la nave para hacer la llamada pendiente. En unas pocas horas realizaría otra fijación y demarcaría la fuente por medio de una triangulación.

Cuando regresó a la nave, el comunicador estaba encendido. El demacrado pero honesto rostro de Martin Shaeffer, tercer portavoz, le hablaba al vacío asiento de aceleración.

—Debes comunicarte con nosotros de inmediato, Nick. No esperes a después de realizar la segunda fijación. Hay asuntos urgentes en el Cinturón. Repito: Martin Shaeffer llamando a Nick Sohl a bordo de la monoplaça *Hummingbird*...

Nick reajustó el láser de comunicación.

—Lit, me siento honestamente halagado. Un simple funcionario hubiera bastado para registrar mi humilde hallazgo. Repitiendo...

Dispuso el mensaje en un bucle, para después comenzar a apartar sus herramientas. Ceres se encontraba a varios minutos luz de distancia. No intentó pronosticar qué emergencia podría necesitar de su atención personal, pero estaba preocupado.

La respuesta no tardó en llegar. La expresión de Lit Shaeffer era extraña, pero su tono era jocoso.

—Nick, eres muy modesto acerca de tu pobre hallazgo. Es una pena que nos veamos obligados a desaprobarte. Han llamado ciento cuatro mineros para informar sobre esa fuente de monopolos.

Nick se atragantó. ¿Ciento cuatro? Pero él estaba en el sistema exterior... y de todas maneras la mayor parte de los mineros preferían extraer de sus propias minas ¿Cuántos no se habrían siquiera molestado en llamar?

—Llaman desde todo el Sistema —continuó Lit—. Se trata de una fuente endiabladamente grande. De hecho, ya hemos usado el paralaje para localizarla. Una única fuente, a cuarenta UA del Sol, con lo cual está algo más alejada que Plutón, y a dieciocho grados sobre el plano del sistema solar. Mitchikov dice que en la fuente puede haber una masa de monopolos magnéticos sur igual al total de lo que hemos extraído en el último siglo.

¡Un extraño!, pensó Nick. No autorizarán mi reclamación.

—Mitchikov dice que una fuente semejante podría servir de suministro para un hiperreactor Bussard verdaderamente grande... un ramrobot tripulado...

Nick asintió. Los ramrobots eran sondas robot enviadas a las estrellas cercanas, y suponían una de las pocas vías de verdadera cooperación entre las Naciones Unidas y el Cinturón.

—Hemos seguido a la fuente durante la última media hora. Se dirige hacia el interior del Sistema Solar, a siete mil kilómetros por segundo en caída libre. Eso supera con creces las velocidades interestelares estándar. Todos tenemos la certeza de que es un extraño. ¿Algo que comentar? Repitiendo...

Nick se limitó a apagar el transmisor y a sentarse unos momentos, intentando asimilar la idea. ¡Un extraño!

En el Cinturón, la palabra «extraño» se usaba informalmente para referirse a una entidad alienígena; pero esa palabra implicaba mucho más que eso. El extraño iba a ser el primer ser alienígena consciente que tendría contacto con la especie humana. El ser iba a contactar primero con el Cinturón, antes que con la Tierra, no solo porque el Cinturón tuviera potestad sobre la mayor parte del Sistema Solar, también porque los humanos que se habían lanzado a la colonización del espacio eran claramente más inteligentes. Existían muchas otras presunciones escondidas en el significado de esa palabra, no todos los habitantes del Cinturón las creían a pie juntillas.

Y la emergencia había pillado a Nick Sohl de vacaciones. ¡Maldita sea! Ahora tendría que trabajar con mensajes láser.

—Nick Sohl llamando a Martin Shaeffer, de la base Ceres. Sí, tengo comentarios. Uno: parece ser que tu presunción es acertada. Dos: deja de propagar la noticia por todo el Sistema. Alguna nave terrafirmia podría captar las ondas

del mensaje. Tarde o temprano tendremos que hacerlo público, pero es pronto aún. Tres: en cinco días estaré en casa. Concéntrate en reunir más información. No vamos a vernos obligados a tomar ninguna decisión crucial por el momento. —*Al menos, pensó, hasta que el extraño entre en el Sistema Solar, o trate de enviar algún mensaje por su cuenta*—. Cuatro... —*¡Averigua si el hijo de perra está desacelerando! ¡Averigua el lugar donde se detendrá! Pero no podía decir eso. Era demasiado específico para propagarlo a través de un mensaje láser. Shaeffer sabría lo que hacer*—. No hay un cuatro. Sohl cierra.

El Sistema Solar es grande, y en sus confines más alejados, muy estrecho. En el Cinturón principal, desde el interior de la órbita de Marte hasta poco más allá de la de Júpiter, un hombre determinado a hacerlo puede examinar cien rocas en un mes. Más allá de esa zona, es probable que se pase un par de semanas yendo y viniendo, con la esperanza de encontrar algo que nadie más haya visto.

El Cinturón principal no tiene actividad minera, aunque la mayoría de las rocas grandes son ahora propiedad privada. La mayor parte de los mineros prefiere trabajar en el Cinturón, porque saben que tienen la civilización a su alcance, y también sus subproductos: aire y agua almacenados, combustible de hidrógeno, mujeres y otros seres humanos, un nuevo regenerador de aire, auto-doctores y drogas psicomiméticas terapéuticas...

Brennan no necesitaba drogas o compañía para mantener la cordura; por eso prefería los confines exteriores.

Se encontraba en el punto troyano posterior de Urano, sesenta grados detrás de la órbita del gigante gaseoso. Los puntos troyanos, al tratarse de lugares de equilibrio estable, son recolectores de polvo y de otros objetos de mayor tamaño. Allí había una gran cantidad de polvo proveniente

del espacio interplanetario, y un buen puñado de rocas que merecía la pena explorar.

Si no hubiera encontrado absolutamente nada, Brennan habría continuado hacia las lunas de delante, para luego regresar al punto troyano principal, situado sesenta grados frente a Urano. Después habría ido de vuelta a su hogar, para descansar un corto período de tiempo y visitar a Charlotte. Como para entonces sus fondos estarían bajo mínimos, le tocaría hacer una odiosa visita para cumplir con su deber a Mercurio.

Si hubiera encontrado pechblenda, se hubiera detenido a extraer en ese punto durante meses. Sin embargo, ninguna de las rocas tenía suficientes radioactivos como para interesarle. Eso sí, algo cercano mostraba el típico resplandor metálico de un artefacto. Brennan se puso en movimiento para llegar a él, no esperando encontrarse nada mejor que un tanque de combustible desechable soltado por algún minero del Cinturón, pero sin descartar la idea de investigar a pesar de todo. Jack Brennan era un optimista reconocido.

El objeto que encontró era la carcasa de un motor cohe-te de combustible sólido. Restos del *Mariner* XX, según ponía en el letrero.

El *Mariner* XX era el antiguo ferri a Plutón. Eones atrás, la antigua carcasa vacía debió haberse perdido a la deriva en dirección al lejano Sol, vagando entre el fino polvo del punto troyano y frenando poco a poco hasta detenerse. El casco estaba agujereado por polvo de meteoritos y aún mantenía el movimiento rotatorio causado por el impulso que le fue dado tres generaciones atrás.

Como objeto de coleccionista, el precio del artefacto podría llegar a ser desorbitado. Brennan tomó varias fotografías allí mismo, antes de aferrarse al morro plano del artefacto y usar la mochila jet para frenar su rotación. En seguida lo ató al tubo de fusión de su nave, bajo la cabina de los sistemas vitales. Los giroscopios compensarían los desequilibrios.

Por otra parte, el bulto que ahora cargaba representaba una dificultad.

Se detuvo junto a él, sobre la fina carcasa del tubo de fusión. El antiguo motor era de la mitad del tamaño que su nave minera monoplaça, pero muy ligero, apenas una fina piel de metal recubría su carga original de núcleo formado. Si Brennan hubiera encontrado pechblenda, la monoplaça arrastraría redes de carga bajo los anillos de combustible, portando casi su propio peso en mineral radioactivo. En ese caso, hubiera regresado al Cinturón a medio ge, pero ahora que llevaba a bordo la reliquia que era el *Mariner*, podría acelerar a un ge, que era el estándar para las monoplaças vacías.

Esto podría darle justo el empujón que necesitaba. Si vendía el tanque en algún lugar del Cinturón, el gobierno se quedaría con el treinta por ciento, entre tasas de importación y comisiones de los agentes. Pero si lo vendía en la Luna, el Museo Terrestre del Vuelo Espacial no le cobraría ningún tipo de impuesto.

Brennan se hallaba en un buen lugar para el contrabando. Aquí afuera no había dorados. La velocidad de crucero que llevaría durante la mayor parte del trayecto sería tremenda. No podrían siquiera intentar alcanzarle hasta que no se aproximara a la Luna. No estaba tratando de pasar monopolos ni radioactivos; los detectores magnéticos y de radiación ni se fijarían en él. Podría maniobrar sobre el plano del Sistema, evitando rocas y otras naves.

Pero si le atrapaban perdería el cien por cien de su hallazgo. Todo.

Brennan sonrió para sí. Se arriesgaría.

La boca de Phssthpok se cerró una, dos y hasta tres veces. Una raíz amarilla del árbol de la vida se dividió en cuatro pedazos de distinta forma y tamaño, pues los bordes del pico de Phssthpok no eran afilados. Eran romos y desi-

guales, como la corona de un molar. Phssthpok tragó cuatro veces.

Apenas había sido consciente de todo el proceso. Era como si su mano, boca y barriga estuvieran en modo automático mientras Phssthpok observaba la pantalla de estado.

Gracias al aumento de diez elevado a la cuarta, la pantalla mostraba tres pequeños puntos de color violeta.

Al mirar alrededor del borde de la pantalla, Phssthpok solo era capaz de ver la brillante estrella amarilla que había denominado GO Objetivo N.º 1. Había tratado de centrarse en la búsqueda de algún planeta. Encontró uno, una belleza, del tamaño adecuado y con una temperatura aproximada, de atmósfera transparente y húmeda, y con una luna más grande de lo normal. Pero también había encontrado miríadas de puntos violeta tan pequeños que al principio pensó que eran meros destellos captados por sus retinas.

Eran reales, y se movían. Algunos no tan rápido como los objetos planetarios; otros, cientos de veces más rápido que la velocidad de escape del sistema. Resplandecían con un intenso calor, del color de una estrella de neutrones en su cuarta semana de vida, cuando su temperatura aún se mantiene en millones de grados.

Obviamente eran naves espaciales. A esas velocidades, un objeto natural se habría perdido en el espacio interestelar en cuestión de meses. Probablemente usaban impulsores de fusión. Si era así, y juzgando por su color, se consumían a mayor temperatura y de manera más eficiente que los de su propia nave.

Parecían pasar la mayor parte del tiempo en el espacio. Al principio había esperado que se tratara de algún tipo de vida nacida en el espacio, quizá relacionada con las semillas estelares del núcleo galáctico. Pero a medida que se acercaba al amarillento sol tuvo que abandonar la idea. Todas las chispas tenían un destino, desde la miríada de pequeñas rocas orbitando hasta las lunas y planetas del interior

del sistema. Un objetivo frecuente era el mundo con la atmósfera acuosa, el que él mismo había clasificado como habitable para los pak. Ninguna forma de vida nativa del espacio podría haberse adaptado a su gravedad ni a su atmósfera.

Ese planeta, GO Objetivo N.º 1-3, era el mayor objetivo de esa índole, aunque la nave tocaba muchos cuerpos pequeños. Interesante. Si los pilotos de esas naves de fusión se habían desarrollado en el GO Objetivo N.º 1-3, preferirían de manera natural unas gravedades ligeras a otras más pesadas.

Pero los que él buscaba no tenían capacidad mental para desarrollar una nave semejante. ¿Acaso algo alienígena había usurpado el lugar?

Entonces su milenaria progenie y él mismo habrían entregado sus largas vidas solo para conseguir una estéril venganza.

Phssthpok sintió la furia creciendo en su interior. Trató de sofocarla. Esa no tenía por qué ser la respuesta. GO Objetivo N.º 1 no era el único objetivo probable. De hecho, la probabilidad era únicamente del veintiún por ciento. Esperaba que aquellos a los que había venido a ayudar orbitaran otra estrella.

Pero tendría que comprobarlo.

Hay una velocidad mínima bajo la que opera un hipereactor Bussard, y Phssthpok no estaba muy por encima de ella. Tenía el plan de costear por todo el sistema hasta encontrar algo definido. Ahora tendría que usar su combustible de reserva. Ya había encontrado una chispa blanquiazul moviéndose a alta velocidad hacia el interior del sistema. No le resultaría muy complicado igualar su trayectoria.

Nada más aterrizar la *Hummingbird*, Nick dio órdenes de descargar la nave y vender su carga, para justo después bajar al subterráneo. Su oficina estaba a casi tres kilómetros